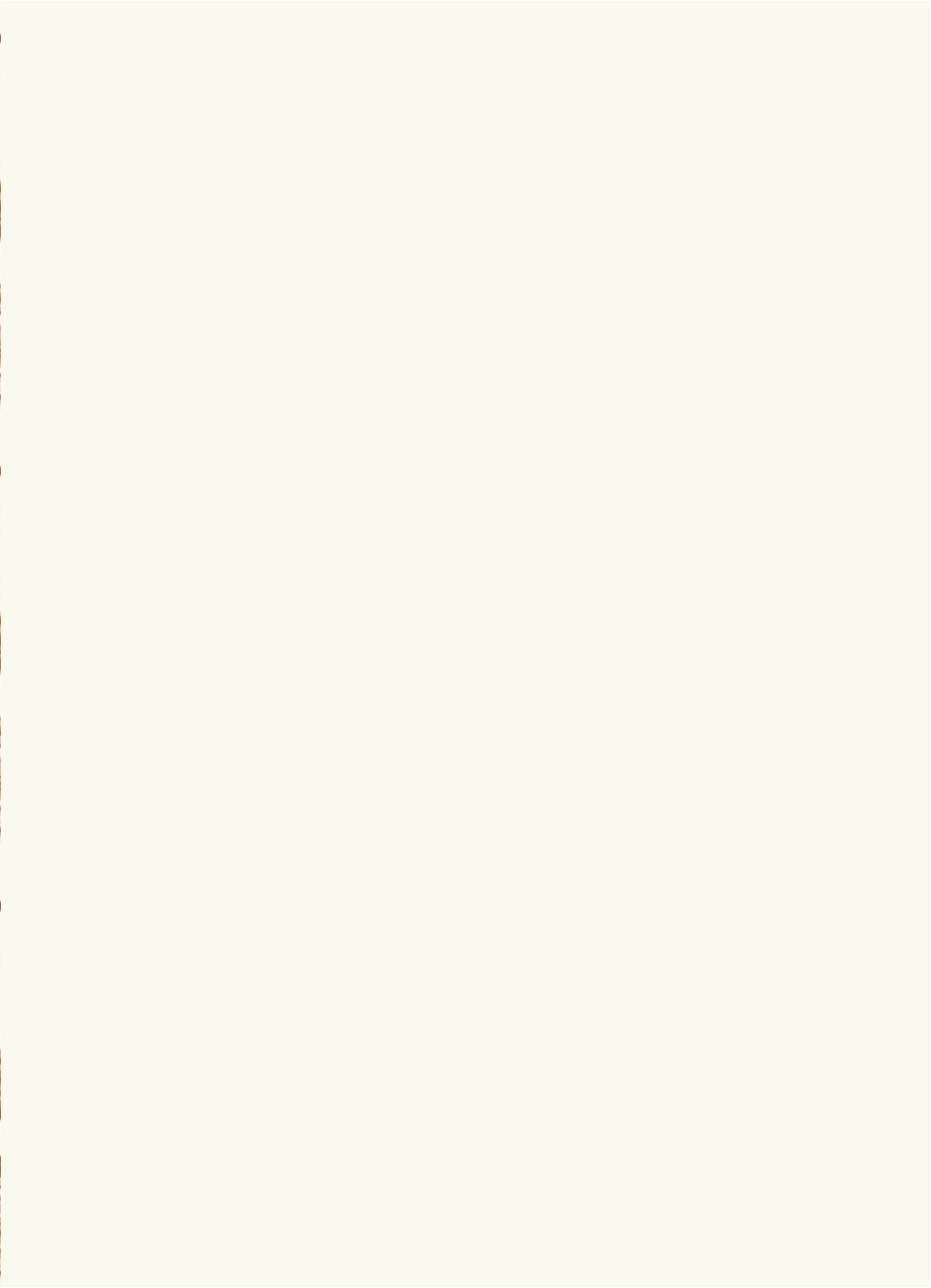


# DEJAME QUE TE CUENTE

Rubén Flores



# DEJAME QUE TE CUENTE

Rubén Flores



*«Un amor incesante e imperecedero»*

El perfil rugoso e inconstante de un sauce es iluminado débilmente por las llamas de un discreto fogón. Un aire tranquilo mece sus hojas raídas, que caen hasta el suelo. Todo aquí es amarillo y todo tiembla entre la escasa definición y la negrura total. Se oye un fondo de grillos y búhos que, considerado detenidamente, es enloquecedor, pero el poncho que esta plantado frente al fogón no se inmuta. Expande y contrae la curva de su lomo con un respirar sereno.

Los resplandores endebles dejan entrever, por momentos, algunas carpas. Distintas respiraciones se mezclan, algún ronquido aislado marca el compás de una noche sin minuterero.

Se oye un crujido de hojas secas, no muy lejos. El poncho se sobresalta, quedando iluminado un rostro moreno, algo envejecido. Una ramita encendida será después una hilera de ceniza negra.

Eso parecían, una hilera de puntitos negros, todos avanzando desde la puerta de la escuela. Ovidio Lagos hacia un colectivo viejo y despintado. El sol del mediodía les caía encima, pero ellos eran jóvenes y nada les impedía reírse y sentirse bien. El camino iba a ser largo y quizás alguno, incómodo en su asiento, pensó en volver o extrañó su cama, pero el tiempo entonces no era una fuerza con la cual hubiera que lidiar.

Atrás dejaron la ribera rosarina y se deslizaban ahora por la llanura ardiente. Cada arbusto era igual al anterior y todos los cartelitos de kilometraje parecían rezar “todavía falta”. Un Rubén pequeño, de chomba amarilla, llevaba la voz cantante en la ronda del fondo. Propuso jugar a la bolita, en pleno trajinar de ruta, y que las curvas y pozos se consideraran parte de la suerte. Todos festejaron la idea y jugaron hasta que una bolita llegó hasta adelante, donde la maestra conversaba



ALUMNO: Rubén Flores

edad: 12 años

edad mental: 17 años

índice intelectual: muy superior

acceso debe seguir cualquier tipo de estudios

con el chofer. Fue tal el regaño que nadie se movió de los asientos y muchos se durmieron apretando la bolita entre los dedos.

Una brisa agita las ramas y reaviva un poco el fuego. El viejo reposa de pie, en su perpetua vigilancia. Un poco se mece y casi se diría que está dormitando, fija la mirada en el fuego, pero quién sabe qué mira realmente o qué recuerda. Algo se ha movido en esa escena: un bicho pequeño se aventura en dirección al fuego, camina firme, hasta que se encuentra con otro y sucede allí una especie de diálogo.

Alguna mañana de 1971, los zapatos marrones de Rubén Flores se movían impacientes bajo un pupitre, en el gran edificio del Colegio San José. Escuchaban desde hacía un buen rato la voz monótona y exasperante que circulaba como una crema espesa entre los bancos. Más arriba, dos ventiladores girando con poco aliento; más arriba, unas nubes sombrías y más arriba y en todas



partes, Dios le susurraba a Rubén que así no era la cosa, que urgía caminar los barrios, ayudar y asistir, siempre disponerse. Para eso se era cristiano y por eso se era humano. Él ya lo sospechaba y algunos pocos curas se lo confirmaban. Asistía con entusiasmo a reuniones y encuentros, leía, discutía y sentía que sus venas se ensanchaban, que su corazón crecía porque se entregaba y amaba más que nunca. No hay otro camino, se decía Rubén.

El poncho abandona el círculo de luz y se adentra en la oscuridad. No hay miedo en sus pasos, sino más bien cansancio y la intención fija de ver quién o qué hay ahí. Camina sin dar con ninguna pista y vuelve al fuego, cabizbajo. Tiene las alpargatas cubiertas de arena húmeda, pero no le importa. Los bichos se han ido, o estarán, como siempre están, escondidos en las sombras. Descansan junto al fuego dos troncos rectos, donde antes se sentaron otros y comieron en platos de plástico. Dispuestos en ángulo, parecen bancos de plaza.

Algunos niños corrían a las palomas y otros hacían fila delante del carrito de helados apostado frente al laguito del parque de la Independencia.

Un señor panzón con una gorra blanca repartía helados de colores y los chicos eran felices. Algunas abuelas con batones estampados empujaban cochecitos, o paseaban perros diminutos. El caso es que un varón, vestido con su mejor camisa, calentaba desde hacía una media hora el banco debajo del jacarandá. Por momentos se mordía una uña y pasaba una y otra vez la mano sobre su pantalón, alisando una pequeña arruga. Sería un cliché contar que miró varias veces su reloj pulsera, dorado como el sol, pero lo cierto es que lo hizo y por si hubiera allí algún desperfecto, le preguntó la hora a un viejo que pasaba caminando

Mi vida:

```
TTTTTTTTT ***** 0000000000 00 00 11 22222222 3333333333 4444444444 5555555555
TTTTTTTTT ***** 0000000000 00 00 11 22222222 3333333333 4444444444 5555555555
TTTTTTTTT ***** 0000000000 00 00 11 22222222 3333333333 4444444444 5555555555
TTTTTTTTT ***** 0000000000 00 00 11 22222222 3333333333 4444444444 5555555555
TTTTTTTTT ***** 0000000000 00 00 11 22222222 3333333333 4444444444 5555555555
TTTTTTTTT ***** 0000000000 00 00 11 22222222 3333333333 4444444444 5555555555
TTTTTTTTT ***** 0000000000 00 00 11 22222222 3333333333 4444444444 5555555555
TTTTTTTTT ***** 0000000000 00 00 11 22222222 3333333333 4444444444 5555555555
```



F uimos  
E n este año  
L os dos  
I nseparables como  
zapatos  
A ncia que  
Nuestro  
I dilio  
V oya a  
E ncontrar  
K utas  
S eguras  
A nuestro  
K io  
I nmenso y  
C riginal



Robin U Flores.  
R Flores.  
1176 241.882

De repente, sintió llegar esa fuerza sobrenatural que estaba esperando y, adivinando el sitio, la vio. No importaba nada más, la sonrisa de la mujer amada, buscada, deseada, aquel amor por el que vivir y morir. La cabellera resplandecía entre otros cabellos, porque no era de este mundo; la voz no encajaba en ningún registro, decía cosas que pocos entendían, porque no eran para cualquiera. Esa presencia existía y se estaba acercando, trayendo sólo bienestar y alegría, augurando nada más que tiempos felices.

Faltan pocas horas para el amanecer. Así lo indican los graznidos lejanos de unas aves. Sin embargo, sobre la isla todavía es negro el cielo que cobija al viejo y todavía se respira un aire fresco. El hombre no se rinde al sueño y su carpa permanece fría pero no vacía: en un descuido del hombre se ha metido un perro negro, que ahora duerme tranquilo sobre una frazada a cuadros.



En medio del río, hacia el lado de San Lorenzo, un barco anclado trabaja sin cesar. En uno de sus mástiles resplandece una luz roja, pequeña pero potente.

Una tarde precisa de 1976 lo encontró a Rubén caminando nervioso por el pasillo de la maternidad de los ferroviarios. Hacía calor y en parte él sudaba por eso, pero más aún porque allí, a unos metros, su amada Laura atravesaba las últimas etapas de su primer parto. Contando los mosaicos, pasaban por su mente miles de pensamientos, desde los escarpines que llevaban en el bolso hasta la cara de Laura en ese momento, que imaginaba cansada, dolorida o ya riendo, con la criatura en brazos. Era la hora de la siesta, de un día especialmente lluvioso. Rubén se sentó frente a la puerta doble, con las clásicas ventanitas circulares. Arriba, dos lamparitas apagadas: una azul y una roja.

Mirando los foquitos, Rubén se adormiló pensando en cómo habían llegado hasta ahí. Mañanas y tardes vaciando pavas enteras, pensando un proyecto. Una misma cocina oficiaba de testigo de un plan gigantesco, colosal, sobre un mantel donde florecían cuentas y croquis, sin piso ni techo, sueños suspendidos en el aire. Plumas y pétalos y besos, unidos por el invisible hilo de un amor incesante e imprecadero. Rubén y Laura eran como un río ancho y profundo, habitado por especies de todo tipo, bailaban los peces y yacían sembrados valiosos tesoros. En esas aguas cálidas se abrazaban y se tenían con firmeza, porque afuera el clima era áspero y hostil y así lo exigía.

En su caudal, Rubén y Laura tenían que moverse con sigilo, siempre haciendo pie, con la información justa y necesaria, para no ser comidos ni pescados. Era una temporada mala, pero lejos de acobardarse, Rubén se fortalecía y, esperando la luz azul o roja que le anunciara su continuidad, se sentía pleno, fuerte y dichoso. Estaban trayendo

una persona al mundo, una persona hermosa y sana. Ahora y siempre, urgía hacer que el mundo fuera también hermoso y sano. Para ella, la pequeña Mariana, se acababa de encender la luz roja, la estrella que brillaría por siempre en su cielo.

El viejo vuelve a avivar el fogón. Escucha, sin mayor sobresalto, un ruido muy cerca suyo. Gira sobre sus alpargatas, pero apenas percibe un movimiento entre las hojas. Avanza despacio, con su mirada escrutadora. Está empezando a clarear, pero aún no se ve bien entre los sauces. Da vueltas por las cercanías, atento a sus pasos, por si se tratara de una culebra.

Se apagaron todas las luces en la sala de proyecciones del cine Arteón. Rubén, Laura y la pequeña Mariana, de apenas seis meses, se adentraban en la aventura dramática de Zorba, el griego. Seguían las hazañas de un Anthony Quinn espléndido y memorable en su baile frente al mar. Rubén ya había visto la película, así que



era él quien por momentos salía a arrullar a la beba. Como en tantas otras noches, padre e hija se abrazaron en un bailecito suave, al calor de una nana. Era un junio frío pero igualmente salieron a la vereda. Entre un auto estacionado y Rubén corrieron algunas miradas. Los tres cenaron algo en un bar, antes de volver a casa. Tomaron un último colectivo juntos. Mariana iría dormida y Rubén algo inquieto. Bajaron en la esquina de siempre, pero entre forcejeos y golpes los subieron a un vehículo sin identificación. Recorrieron un trayecto hacia la zona norte que después Laura podría reconstruir a la perfección. No soltó a su hija en ningún momento. Permanecieron los tres presos, azotados con preguntas y fueron separados. Rubén, magullado pero fiel a su estilo generoso y protector, le hacía llegar el pan de su ración a Laura. Unos días después, solamente Laura y Mariana volvieron a ver el cielo abierto y estrellado, cuando las liberaron encapuchadas y temblorosas en la zona sur.

El costo es alto.  
Pero el premio,  
Ah... el premio  
seré un día luminoso  
o así sin fin,  
un amor sin muerte



El amanecer ya es un hecho y los primeros rayos colándose entre las ramas lo confirman.

Unas voces tenues emergen de las carpas vecinas. Al rato llegan otros navegantes, que estacionan sus botes y se desparraman en anécdotas y relatos del cruce. Le piden un poco de yerba al viejo, que accede y acepta la invitación de sentarse con ellos. No entiende del todo sus chistes pero comparte un poco la alegría cuando se trata de Central. Los mira hablar y moverse, levantarse y hacer y sabe que no en vano siguen naciendo personas. Uno de ellos lleva un rosario al cuello y un reloj dorado. Le recuerda a un tal Rubén, que muchos años atrás frecuentaba la isla y charlaban largamente sobre cómo cambiar el mundo. El joven nunca más apareció, ni en el río ni en ninguna parte. Nadie pudo verlo envejecer, pero el viejo cree verlo ahora, con veinte años, cebándole un mate... y sonriendo.

\*\*\*





## Colección *Dejame que te cuente*

Qué es un recuerdo sin un relato que lo ubique en la constelación de nuestra propia vida. Aquellos documentos guardados en el fondo de un cajón, esas fotografías que se erigen como monumentos sobre la cómoda, el universo que arrastramos en cajas viejas mezclando postales estampilladas con cartas amarillentas plegadas con prolijidad. Fragmentos que piden ser contados.

Cada historia de vida posee un registro urbano, institucional, familiar; fotos en los cumpleaños, en los casamientos, en el carnet del club o de la biblioteca, en la libreta de la Universidad. Cada biografía sostiene una dimensión común que nos involucra en la historia.

*Dejame que te cuente* es una colección de relatos contruidos a partir de material gráfico y testimonios brindados por familiares, amigos y compañeros de quienes fueron desaparecidos y asesinados por el terrorismo de Estado en Rosario y que integran el acervo del Centro Documental del Museo de la Memoria.

Queremos contar el paso de esas vidas por nuestra ciudad, recuperando tanto la singularidad de su historia como los nexos comunes con la actividad social de nuestro pasado reciente. Voces que emergen y reconstruyen discursos marcados por una voluntad de transformar el mundo y de lograr una sociedad más justa.

Narrar esas vidas es la dolorosa experiencia que los familiares han tenido que realizar en su entorno íntimo y en medio de una ausencia irreversible. *Dejame que te cuente*, este relato biográfico que toma la forma de un libro para cada historia, abre a la sociedad en su conjunto la posibilidad de incorporarse a su narración.

**Dirección del proyecto**

Lucas Almada

**Diseño gráfico**

Valentina Militello

**Redacción**

Leticia Bluhm

**Edición y corrección de textos**

Daniel Fernández Lamothe

**Coordinación general**

Viviana Nardoni



museo de la  
memoria



